

se puede estudiar en los laboratorios lo que representan los artículos de fe; pero se puede demostrar que estas palabras no representan nada, y esto tiene su importancia si estas palabras tienen precisamente por resultado el aterrorizar á la Humanidad.

CAPITULO XVI

LA EVOLUCIÓN DEL LENGUAJE ARTICULADO

§ 51.—Tradición oral y herencia.

Si se puede poner en la cuenta del lenguaje un gran número de errores filosóficos, no por eso hay que tratar de aminorar la utilidad de este maravilloso instrumento. No es de ayer cuando Esopo demostró que las lenguas son á la vez lo mejor y lo peor que existe en el mundo.

En la época en que, en los antepasados comunes á los hombres y á los monos, un grupo de individuos se encontró, bajo la influencia de condiciones que ignoramos, dotados de un aparato de fonación de flexiones variadisimas, este grupo constituyó una variedad infinitamente favorecida bajo la relación de la facilidad de las relaciones sociales; se puede afirmar atrevidamente que si los descendientes de estos monos parlantes han conquistado progresivamente la superioridad del reino animal, lo han debido al lenguaje articulado. Á causa del lenguaje articulado y de todas las funciones que de él resultan, el

cerebro del hombre es hoy doble del de los monos mejor dotados; el lenguaje articulado bastó para abrir el *abismo* cuya existencia Huxley ha demostrado actualmente, y que existe entre nosotros y nuestros parientes los antropoides.

Este extraordinario resultado, no sólo depende de las facilidades que crea el lenguaje para las relaciones sociales: proviene sobre todo de la posibilidad para el hombre de transmitir á sus hijos los resultados de su experiencia.

Todo lo que el hombre sabe, lo sabé por experiencia; pero hay experiencia individual y experiencia originaria. De la experiencia de los antepasados, una parte, adquirida sucesivamente por millares de generaciones, ha acabado por fijarse bajo la forma de mecanismo individual en el patrimonio hereditario de las especies; esta parte de la experiencia de los antepasados, de la cual resulta nuestra lógica, ha podido, pues, acumularse lo mismo en los animales mudos que en los hombres, y, en efecto, vemos que los perros, los zorros, los castores, tienen su lógica específica; merced á esta lógica específica, pueden los diversos animales sacar partido de su experiencia individual, es decir, obrar inteligentemente.

Pero en el curso de la vida de los numerosos antepasados de un animal actual, además de los hechos de experiencia cotidiana y susceptible, por tanto, de fijar su huella en el patrimonio hereditario, ha habido los demás hechos de ob-

servación fortuita que, utilizables por aquellos mismos que los habían observado, quedaban como letra muerta para sus descendientes. En las especies dotadas de la palabra articulada (y es posible que esto se haya producido en otras especies además de la humana; los loros tienen un cerebro mucho más voluminoso que los demás pájaros), los padres han podido enseñar á sus hijos lo que ellos habían aprendido; la tradición oral ha permitido la acumulación de los documentos recogidos en el curso de las generaciones sucesivas; ella es la que ha constituido la *Ciencia*, resumen de las partes no hereditarias de la experiencia de los antepasados, y de la cual la inteligencia saca partido lo mismo que de la experiencia individual.

Es cierto que la tradición oral (ó escrita) ha conservado, al mismo tiempo que los hechos bien observados, las explicaciones erróneas que resultan de un conocimiento incompleto de las cosas, y que, por consiguiente, al mismo tiempo que un instrumento de desarrollo científico, ha sido también el más poderoso obstáculo á este desarrollo.

Aquellos á quienes hoy se llama partidarios de la tradición, los conservadores, son aquellos que con preferencia se aferran á las explicaciones y á las reglas de conducta que nuestros predecesores han deducido de su ciencia incompleta. Pero desde hace un siglo los documentos científicos acumulados son *infinitamente* supe-

rios, tanto por la cantidad como por la calidad, á los que habían recogido los hombres durante todos los siglos anteriores de su historia, y precisamente son el estado social y las doctrinas filosóficas *anteriores* á este gran movimiento del espíritu humano, lo que se quiere conservar bajo el nombre de respeto á la tradición; esto no tiene sentido común.

Á través de las modificaciones que de edad en edad se han manifestado en las condiciones de la vida humana, las palabras han evolucionado en su significación y no se las conoce ya. El estudio de estas modificaciones sucesivas de los valores de las palabras constituye la historia de la filosofía; el último siglo, sobre todo, es el que ha necesitado las mayores variaciones; ha habido necesidad de tantas, que hubiéramos debido olvidar las antiguas palabras y crear otras; pero el amor á la tradición lo ha impedido y se ha conservado la palabra, y hasta muchos quieren conservar también el sentido añejo de las palabras.

§ 52. — Las deformaciones del lenguaje y la regla céltica de las "mutaciones,,

Si el lenguaje articulado ha sido el instrumento de la tradición, también ha sido *transmitido* de generación en generación, y, sobre todo,

en los países donde la escritura existía poco, se ha modificado, más ó menos rápidamente; ha evolucionado. No sólo las invasiones y las vicisitudes de los imperios han creado mezclas de lengua; hasta idiomas que se han transmitido sin mezcla se han alterado, sin embargo, á la larga, aunque cada generación haya creído con toda sinceridad transmitir intacta á la generación siguiente la herencia lingüística que había recibido de la precedente generación. Así es como, modificadas de diversas maneras por pueblos de diferente fisiología, lenguas primitivamente idénticas, han llegado á ser diferentes.

El estudio de los diferentes dialectos germánicos es muy instructivo á este respecto; se reconoce fácilmente aún el origen común de palabras equivalentes del sajón, del danés y del alto alemán; allí donde hay una dental en el primero de estos idiomas, hay una dental también en los otros dos; pero esta dental puede ser aspirada aquí cuando allá es sostenida ó media; lo mismo sucede en cuanto á las labiales y las guturales: ¿por qué?

Creo que es un fenómeno biológico, que lleva aún á la cuestión de la herencia de los caracteres adquiridos.

Se ha agitado con frecuencia la cuestión de saber si el lenguaje empleado durante numerosas generaciones podía llegar á ser hereditario; la experiencia, que atribuye Herodoto al rey

Psammético (1), prueba que ya en esta época remota se había creído en la posible herencia del lenguaje, prueba también que se tenía una idea vaga de este hecho muy discutido en la especie, y que es el más antiguo y el más natural al hombre. Hoy estamos persuadidos de que el lenguaje articulado no es hereditario, y que un joven inglés, educado en una isla desierta, no sabría el inglés sin haberlo aprendido; pero estamos convencidos también de que en fuerza de hablar una lengua que tenga ciertos elementos fonéticos especiales, se forma un hábito progresivo en el órgano fonador para estos elementos fonéticos, y que si esto dura varias generaciones, esta costumbre se hace hereditaria; es decir, que hay en el órgano fonador de las nuevas generaciones modificaciones en relación con el hábito de emitir ciertos elementos fonéticos.

(1) Los egipcios, antes que Psammético reinase sobre ellos, se creían los más antiguos de todos los hombres. Desde que Psammético quiso saber qué hombres habían vivido los primeros, creen que los frigios les han precedido; luego, que ellos mismos han venido antes que los demás. Psammético hizo, pues, esta información, y al principio nada pudo descubrir; por último, imaginó lo que sigue. Tomó de *cualesquiera* dos niños recién nacidos y los entregó á un pastor para que los educara entre su rebaño con arreglo á estas prescripciones: que jamás se dijera delante de ellos la menor palabra; que se les acostase aparte en una cabaña solitaria; que se les llevara en el momento oportuno las cabras; después, cuando estuviesen hartos de leche, que no se ocupasen más de ellos. El rey tomó estas medidas y dió estas órdenes á fin de apreciar los gritos confu-

Por consecuencia, cuando de buena fe las nuevas generaciones creen reproducir el idioma paterno con su pureza original, en realidad le modifican, puesto que se sirven de un aparato fonador diferente. Y las modificaciones son siempre en el sentido de una *mayor facilidad* para pronunciar; se concibe, pues, que estas modificaciones sean diferentes en pueblos que, nacidos de los mismos antepasados, tienen, en medios diferentes, diferentes fisiologías.

Se puede en adelante hablar de la evolución de las lenguas, como de un fenómeno biológico análogo á la evolución de las demás partes de los animales. Cosa extremadamente curiosa: se encuentra en la historia de los idiomas célticos una particularidad del mismo orden que la que Fritz Muller ha puesto en evidencia en la historia del transformismo animal; el sabio alemán ha demostrado que se puede encontrar en el

sos de estos niños y oír la palabra que primero articulasen. Todo esto fué ejecutado; habían pasado dos años desde que el pastor cumplía su encargo, cuando en el instante en que abría la puerta y entraba en la cabaña, los dos niños se le acercaron extendiendo las manos diciendo: Becos. La primera vez que el pastor oyó esta palabra nada dijo; pero volvió con frecuencia, prestó la mayor atención, y siempre oyó la misma palabra *becos*. Entonces le refirió á su amo lo acaecido, y, por su orden, le llevó los niños. Psammético, después de haberlos oído, preguntó qué hombres se servían de aquella palabra y lo que significaba. Supo, al fin, que los frigios dan ese nombre al pan. Los egipcios dedujeron de esta experiencia que los frigios eran más antiguos que ellos. (Herodoto, lib. II, pár. 2.)

desarrollo individual de cada ser una repetición más ó menos fiel de su evolución originaria. Pues bien; en el bretón actual se encuentran transformaciones actuales idénticas á la que este idioma ha experimentado desde la época más antigua de que hemos podido conservar documentos. Tal palabra, que en el siglo XVIII poseía entre dos vocales una P, una K ó una T, había algunos siglos más tarde reemplazado estas letras por una B, una G ó D, y algunas veces, más tarde aún, por una V, una Ch ó una Z. Pues actualmente, cuando una palabra comienza por una de las seis primeras letras que acabo de citar (1), su pronunciación cambia con arreglo á la mayor ó menor facilidad que se experimenta en articularla después de la palabra que le precede.

Sea, por ejemplo, la palabra *Tad* (padre); se dice *Va Zad* (mi padre), *Da Dad* (tu padre), *Ho tad* (vuestro padre). Esto es lo que se llama la *regla de las mutaciones*, que no tiene en realidad hoy valor utilitario; no es más que un recuerdo de una época en que los pronombres que son hoy *va* y *da* por ejemplo, terminaban por consonantes *diferentes* y modificaban, por consecuencia, las condiciones de pronunciación de la primera consonante de la palabra siguiente. Sin embargo, se ha conservado esta regla por la tradición

(1) Y también en cuanto á algunas otras, la M por ejemplo, que se convierte en V, tanto históricamente como en el lenguaje actual; *Adam* se ha convertido en *Azav*, en lengua gala.

(nuevo ejemplo de un *carácter adquirido* que se ha hecho independiente de las condiciones que le han hecho nacer), y forma parte actualmente del genio de la lengua bretona. Acabará por ser el último vestigio de ella cuando la invasión del francés haya hecho desaparecer poco á poco todos los radicales célticos; se habla algunas veces en mi vecindad un bretón tan corrompido, que sólo la observancia de la regla de las mutaciones prueba que no es francés, y nada más grotesco que la facilidad con que mis compatriotas acomodan las palabras francesas á la salsa bretona: *Va zuteur* (mi tutor), *Da vontr* (tu reloj), etc...